

Wesley, Lucas y la adoración

(4 de 5)



Dr. Justo L. González

CIEMAL
Costa Rica
2013

Wesley, Lucas, y la adoración (4 de 5)

Frecuentemente el tema de la adoración se excluye o se separa de las cuestiones teológicas, cuando lo cierto es que la teología y la adoración, la doctrina y el culto, se entrelazan de tal modo que si los separamos ambos pierden algo de su significado y valor. Aunque al estudiar y discutir la historia del pensamiento cristiano, o la historia de las doctrinas, nos imaginamos que ese pensamiento y esas doctrinas se forman mediante la especulación teológica, o mediante el adoctrinamiento de los fieles, lo cierto es que las doctrinas y la teología se forjan y se comunican en el culto.

Los historiadores se refieren a esto como el principio de *lex orandi est lex credendi*, lo cual, dejando los latinajos a un lado, significa lo que acabo de decir: que la regla del culto se vuelve regla de fe, que la doctrina nace en la adoración, y que es su culto, mucho más que sus doctrinas, lo que le da unidad y coherencia a la iglesia.

Y, si es cierto que para entender cualquier teología es importante tener en cuenta el contexto de adoración en el cual se forma, eso es mucho más cierto en el caso de Lucas, cuyos escritos rezuman de adoración. El Evangelio de Lucas empieza en el Templo, con la visión de Zacarías. Luego sigue la historia de la presentación de Jesús en el Templo, que solo aparece en Lucas. De entre todos los evangelistas, solamente Lucas nos dice que la familia de Jesús acudía anualmente a adorar en el Templo, y solo él nos cuenta de la visita de Jesús al Templo cuando

tenía doce años. De entre todos ellos, es Lucas quien coloca buena parte del ministerio de Jesús como un viaje desde Galilea hacia Jerusalén y su Templo. Y en su último versículo Lucas nos lleva de nuevo al mismo Templo donde comenzó toda su historia al decir que, después de la resurrección, los discípulos de Jesús "estaban siempre en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios" (Lc 24.53).

Además, es Lucas quien incluye en los primeros capítulos de su obra cuatro himnos que hasta el día de hoy muchas iglesias utilizan en su culto: Primero el himno de María, "Engrandece mi alma al Señor" (1.46-55). Luego el de Zacarías, "Bendito el Dios de Israel" (1.68- 79). Después el breve cántico de los ángeles, "Gloria a Dios en las alturas" (2.14) y por último el de Simeón, "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz" (2.29-32). Estos cuatro himnos, generalmente conocidos por sus primeras palabras en latín como el *Magnificat*, el *Benedictus*, el *Gloria* y el *Nunc dimittis*, fueron parte importante del culto de la iglesia por siglos y hasta el día de hoy en muchas iglesias. Lo que es más, hay quien sugiere que estos himnos se usaban ya en la iglesia cuando Lucas escribió su Evangelio, y que fue del culto cristiano que Lucas los tomó. En todo caso, no cabe duda de que desde los inicios y hasta el día de hoy ha habido una relación estrecha entre el culto de la iglesia y los escritos de Lucas.

Es por eso que al tratar de entender la teología de Lucas tenemos que incluir una mirada a la adoración en Lucas. Aunque no hay documentos que nos digan cómo era el culto en la iglesia antigua, sí hay al menos dos afirmaciones que podemos hacer sin lugar a dudas. La primera de

ellas es que el culto se centraba en la comunión. Esto se ve ya en las primeras descripciones de la vida de la iglesia en Hechos 2, y se reafirma en el capítulo 20, donde Lucas cuenta lo que sucedió en Troas, "el primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan" (Hch 20.7).

Lo otro que podemos decir es que buena parte del servicio consistía en lecturas de la Biblia. Aunque no tenemos datos explícitos del siglo primero, sí hay amplias pruebas de que al menos en el siglo segundo el culto tenía dos partes: el "servicio de la Palabra" y el "servicio de la mesa". Este último era la comunión. Pero antes de la comunión tenía lugar el servicio de la Palabra. Este era un período de instrucción en el que, al tiempo que se enseñaban e interpretaban las Escrituras, todo esto se hacía con miras a los dos actos centrales del culto cristiano, el bautismo y la comunión. Para quienes no eran bautizados, el servicio de la Palabra era parte de su instrucción y preparación para su bautismo. Para quienes eran bautizados, era a la vez recordatorio de su bautismo y preparación para el servicio de la mesa.

Es dentro de ese contexto que hay que entender las muchas referencias de Lucas al bautismo. Todos los Evangelios se refieren a la obra de Jesús como un bautismo más poderoso que el de Juan, el bautismo en Espíritu Santo. Mateo concluye con la comisión de ir y bautizar. Pero Lucas continúa su obra con un segundo libro en el que se cuenta cómo esto aconteció, y en el que hay múltiples referencias al bautismo, tanto en agua como del Espíritu. Así, desde el principio de Hechos se nos habla de las multitudes que eran bautizadas, de los samaritanos y del etíope

bautizados por Felipe, de Cornelio y su casa, etc. Luego, aunque Lucas no dice exactamente cómo era que se administraba el bautismo, no cabe duda de que el bautismo mismo es un tema predominante en su obra, particularmente en Hechos.

Puesto que los Evangelios eran leídos en el servicio de la Palabra, en preparación para el partimiento del pan, cabe preguntarse hasta qué punto ese posible uso de su obra influyó sobre lo que Lucas escribió. Lo que es más, bien podemos pensar que el énfasis de Lucas en la comida—como el de Juan en la comida y la bebida—se debe a que Lucas esperaba que su libro fuera leído a toda la congregación en el servicio de la Palabra para la instrucción del pueblo creyente, pero sobre todo en preparación para el servicio de la mesa o Santa Cena.

Esta bien puede ser una de las razones por las que alguien ha notado que en el Evangelio de Lucas Jesús parece ir de cena en cena. Entre todas esas muchas comidas que aparecen en el Evangelio de

Lucas, dos son de importancia central para el tema del culto, y también porque le dan sentido especial a las demás comidas: la Santa Cena antes de la crucifixión de Jesús, y el partimiento del pan en Emaús, después de su resurrección.

Si entonces volvemos a leer el Evangelio de Lucas, pensando en cómo lo leerían aquellos cristianos de fines del siglo primero y principios del segundo, descubriremos en él significados

que de otro modo pasarían nos por alto. De esto se podrían citar muchísimos ejemplos, de entre los cuales me permito ofrecer dos.

Cuando, aquellos primeros cristianos oían a María alabar a Dios porque "a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos" (Lc 1.53), esto establecería puentes entre su propia condición y la cena que estaban a punto de celebrar. Hasta donde sabemos, entre aquellos primeros cristianos habría, como dice Pablo, "no muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles" (1 Co 1.26). Muchos de ellos serían literalmente "hambrientos". Pero ahora María les anuncia un nuevo orden, una nueva realidad, un reino en el que Dios colma de bienes a los hambrientos. Allá fuera, en el mundo, habrá ricos que se creen felices; pero en realidad son hambrientos. Nosotros, aquí en esta comunidad de fe que es anticipo del Reino, y que vamos a celebrar en la comida que sigue, somos quienes tenemos el verdadero pan de vida eterna, el verdadero anticipo del Reino.

Otro ejemplo: En el capítulo 6 del Evangelio de Lucas aparece el episodio en que los discípulos recogen espigas de trigo en un día de reposo, y algunos fariseos les critican. Jesús les responde recordándoles que David, cuando él y quienes le acompañaban tuvieron hambre, tomaron panes consagrados que no les era lícito comer, y de allí pasa a declarar que "El Hijo del hombre es Señor aun del sábado" (L 6.16). Como dada por Dios, la ley acerca del día de reposo es buena. Pero las leyes dadas por Dios nos han sido dadas por amor, y no han de emplearse para evitar que los enfermos sanen, o que los hambrientos coman.

Imaginemos ahora una congregación allá por el año 90 reunida muy de mañana un domingo para participar primero del servicio de la Palabra y luego del servicio de la mesa. En el servicio de la Palabra, oyen este pasaje de Lucas. Jesús, el Señor del sábado, provee alimento para sus discípulos aun cuando el orden social o las leyes—incluso las leyes buenas—pretendan impedirlo. Eso era precisamente lo que ocurría en el Imperio Romano, que se enorgullecía de su sistema legal. Sin esas leyes, el caos reinaría. Por tanto, en su conjunto eran buenas leyes. Pero, como en toda sociedad humana, había quien usaba esas mismas leyes para acaparar poder y comida, negándosela al grueso de la población. Frente a tal realidad, los cristianos sabían que allí, en aquella cena que estaban a punto de celebrar, el Señor del sábado, y Señor también de todas las leyes, proveía para ellos comida de eternidad, como antes al caminar por los sembrados proveyó alimento para sus discípulos.

Pero vayamos al texto central en el Evangelio de Lucas sobre todo este tema de comer y de su relación con la Santa Cena. Se trata del pasaje en que se nos cuenta la institución de esa Cena en la cena pascual de Jesús con sus discípulos. El pasaje es bien conocido, y no hay por qué repasarlo aquí. Pero sí vale la pena que nos detengamos a considerar un elemento que frecuentemente pasa desapercibido: la proyección escatológica de la Cena. Tanto en Lucas como en Mateo y Marcos, Jesús les dice a los discípulos que "no beberé más del fruto de la vid hasta que el reino de Dios venga" (Lc 22.18; Mt 26.29; Mc 14.25). Lucas dice algo parecido, no solo acerca de la copa, sino también de la comida toda: "no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios" (Lc 22.14). La Santa Cena tiene una dimensión escatológica: Jesús promete

que volverá a beber con sus discípulos en el Reino. La Santa Cena apunta hacia el futuro, hacia la fiesta de bodas del Cordero, hacia el tiempo cuando, como dice Lucas, "vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios" (Lc 13:29).

Si tenemos en cuenta esta dimensión escatológica, la Santa Cena no es solo recordatorio del pasado, sino que es también ocasión de traer a la memoria la presencia de Jesucristo en su iglesia, y sobre todo de recordar que la Cena misma está en cierto sentido incompleta, pues todavía falta su cumplimiento en el Reino de Dios.

Pasemos entonces a la cena en la que Lucas nos presenta a Jesús comiendo con sus discípulos después de la resurrección, es decir, la cena con dos de esos discípulos en la aldea de Emaús. La historia es bien conocida. Pero lo primero que resalta cuando la leemos teniendo en mente el tema de la adoración, y más específicamente el de la Santa Cena, es el uso de cuatro verbos en el versículo 30: "*tomó* el pan, lo *bendijo*, lo *partió* y les *dio*". Tres de ellos son los mismos que aparecen en la institución de la Santa Cena: "*tomó* el pan, lo *partió* y les *dio*". El cuarto es casi lo mismo: "bendijo" por "dio gracias". Luego, no cabe duda de que aquella cena en Emaús tiene dimensiones de Santa Cena o de comunión. Es la primera vez que los discípulos—en este caso dos de ellos—comparten el pan con el Jesús resucitado. Lo que pareció ser una cena común y corriente se vuelve Santa Cena en ese acto de tomar pan, bendecirlo, partirlo y darlo.

Y esto nos lleva al segundo punto importante en este pasaje, que es lo que estos dos discípulos les dicen a los once al regresar a Jerusalén, que "lo habían reconocido al partir el pan" (Lc 24.35). Para aquellos creyentes que hemos venido imaginando, reunidos para adorar al Señor allá por el año 90, cuando esta historia se les leía en el servicio de la Palabra, en preparación para la comunión, tales referencias resultarían obvias: Jesús comparte el pan con sus discípulos, y es en ese acto de compartir el pan que Jesús se les da a conocer. Y lo mismo han entendido los creyentes a través de las edades: que cuando tomamos este pan, lo bendecimos, lo partimos y lo damos, en ese mismo acto de tomar, bendecir, partir y dar el Señor se nos da a conocer. En la Cena, al tiempo que recordamos la promesa del retorno del Señor, ese mismo Señor viene a compartir la mesa con sus discípulos. La escatología deja de ser solo cuestión del futuro, para venir a ser también cuestión del presente—del presente en que vivimos recordando tanto el pasado como el futuro. La cena es el comienzo de la promesa del Señor, que ha de cenar con nosotros en el Reino.

Es por esto que, en la iglesia primitiva, y por largos siglos a partir de entonces, la comunión no era ocasión de dolor y tristeza, sino de gozo y alegría. Por eso dice Lucas que aquellos primeros cristianos partían el pan con alegría. Por eso es que hasta el día de hoy hablamos de "celebrar" la comunión.

Todo esto tiene que ver con qué es lo que se "recuerda" en la comunión. Si lo que se recuerda es solo la cruz de Cristo, y nuestro pecado que llevó a ella, la comunión es ocasión de duelo y de

arrepentimiento. Pero si lo que se recuerda es sobre todo la victoria de Cristo, tanto en su resurrección como en el establecimiento del Reino de Dios, si lo que se recuerda es su presencia entre nosotros por obra del Espíritu, entonces la comunión es ocasión de alegría, de gratitud y de esperanza.

Y tiene que ver también con el día de la semana en que la iglesia antigua se reunía para celebrar la comunión. La frase "el primer día de la semana" aparece dos veces en los escritos de Lucas. La iglesia se reunía para partir el pan el primer día de la semana porque ese era el día en que comenzó la primera creación, y también el día en que se inició la nueva creación, en la resurrección de Jesucristo.

Pero hay más. Existía en la iglesia antigua una tradición acerca de lo que llamaban "el octavo día". Esta era una manera de referirse al día final, a la consumación de la creación y la victoria final del Señor. En Israel, como en todas las sociedades, el tiempo se medía en ciclos. De siete en siete, el ciclo continuaba. Tras cada sábado venía el primer día de la semana, que a su vez le cedería el lugar al segundo, y así sucesivamente hasta el próximo sábado, al cual seguiría una vez más el primer día de la semana, en un ciclo al parecer interminable.

¡Ah, pero un día, un día, al despertar tras la noche del sábado, veríamos que el ciclo se había completado! ¡Que, en lugar del primer día de la semana, era el octavo día! ¡El día que viene una

sola vez, porque es el día final, el día hacia el cual se dirigen todos los demás días, todas las demás semanas, todas las semanas de semanas de años!

Para la iglesia antigua, lo que había sucedido aquel primer día de la semana, cuando las mujeres fueron al sepulcro y lo hallaron vacío, fue que amaneció el octavo día. A partir de entonces, los creyentes viven a la vez en los ciclos al parecer interminables de la historia y en el día final, en el Reino de Dios, pues por su unión con Cristo tienen las primicias de ese Reino. Todavía hay "primer día", "segundo día", etc. Pero ahora, en virtud de aquel primer día de la semana en que las mujeres hallaron el sepulcro vacío, nos es dable vivir en el octavo día, en la nueva creación. Pero nos resta todavía dirigir nuestra atención a otro pasaje en Hechos que parece tener connotaciones que lo relacionan con la comunión. Se trata de lo que acontece inmediatamente antes del naufragio de Pablo. Llevaban dos semanas luchando contra el viento y las olas. La situación era tan desesperada que los marineros habían intentado abandonar la nave y dejar a los soldados, así como a Pablo y sus acompañantes, para que se hundieran junto a ella. Nadie tomaba siquiera el tiempo para comer. En medio de esa desesperación, Pablo pronuncia palabras de esperanza: "os ruego que comáis por vuestra salud, pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá" (Lc 27.34). Y Lucas continúa entonces la narración: "Y dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, lo partió y comenzó a comer" (Lc 27.35). Nótese los verbos que Lucas emplea aquí: *tomó* el pan, *dio gracias* a Dios en presencia de todos, *lo partió* y *comenzó a comer*". Los tres primeros verbos son los que aparecen repetidamente en las diversas referencias a la comunión que ya he mencionado:

tomó, dio gracias, partió. El verbo que falta es "dio", pues en este caso Pablo come por sí mismo, en lugar de darles de comer a los soldados y marineros. Me parece que la connotación de un servicio de comunión es indiscutible, con la única diferencia que ahora, porque quienes están con él no participan de su fe, Pablo no les da el pan.

Luego, podemos entender este episodio como un servicio de comunión en presencia de los soldados y los marinos no creyentes. Y lo interesante es que Lucas nos dice que después que Pablo les dio ánimo y comió ante ellos, "todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también" (Hch 27.36).

El culto, en este caso la comunión, es actividad de la iglesia; pero ha de ser también esperanza para el mundo. Es por eso que en 1 Corintios Pablo dice, "todas las veces que coméis este pan y bebéis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga" (1 Co 11.26). La comunión es un anuncio, una proclamación al mundo en derredor. En la historia del naufragio en Hechos, los soldados y marineros desesperaban y se daban por perdidos. Pero Pablo, al comer ante ellos, les da señal de un futuro, de una esperanza. Lucas no nos dice que los soldados y marineros se salvaran en el sentido de creer, pero sí que se salvaron en el sentido de recuperar la esperanza, comer, y no perecer en el naufragio. Pablo invita a sus compañeros de viaje, incluso a sus carceleros, a comer, diciéndoles: "os ruego que comáis por vuestra salud" (Hch 27.34).

Todo esto nos lleva a apuntar que cuando la iglesia adora, cuando la iglesia parte el pan, esa adoración y ese partimiento del pan, aunque tengan lugar dentro de las cuatro paredes del templo, son anuncio a los cuatro vientos de la muerte y resurrección del Señor, así como de su Reino venidero. En el caso de Pablo, en una nave a punto de zozobrar, y en el nuestro en un mundo carente de esperanza, parte de la tarea de los creyentes es, con toda su vida y en toda su adoración, darles señal a los náufragos, y a un mundo a punto de zozobrar, de que todavía hay esperanza, de que Dios sigue siendo el Señor de las olas y el Señor de la historia. Pablo tomó el pan, lo bendijo, lo partió y comió. Pero en esa acción misma invitó a los soldados y marineros—incluso a sus carceleros—a comer. En la teología de Lucas, el culto a Dios es también anuncio a la humanidad—anuncio de amor, de justicia, de paz y de esperanza.

Todo esto es de una pieza con la teología, la fe y la práctica de Wesley. Respecto a los dos temas que hemos tratado ayer y el día antes, hay que decir que Wesley tenía ciertas reservas. Probablemente lo del "gran vuelco", si se le hubiera planteado en esos términos, le habría parecido demasiado radical, y un atentado contra el buen orden. Por eso, al tiempo que en Wesley encontramos numerosas palabras y acciones que confirman buena parte de lo que Lucas anuncia, no le vemos plantearlo con la misma agudeza con la que lo hace Lucas. Algo semejante puede decirse respecto al género. En esto también Wesley tuvo sus vacilaciones y

sus dudas, y fue en el curso de su vida, ante las señales indudables de la obra del Espíritu Santo, que fue venciendo sus prejuicios—a veces hasta un poco a regañadientes.

Pero tal no es el caso cuando se trata del culto, y en particular de la comunión. Si el Jesús de Lucas se la pasa comiendo, de cena en cena que la iglesia antigua entendería a partir de su experiencia eucarística, Wesley también se pasó la vida tomando y retomando la comunión con tanta frecuencia como le era posible. Entre las reglas que los metodistas debían seguir, se contaba "Estar presente en la iglesia y participar a la mesa del Señor cada semana." Sobre la base de un estudio cuidadoso de sus *Diarios*, se puede comprobar que normalmente Wesley tomaba la comunión cuatro o cinco veces por semana. Esa comunión frecuente es el tema principal de su sermón # 101, que se encuentra en el tomo IV de las *Obras de Wesley*.

Significativamente, es uno de los primerísimos sermones de Wesley, quien originalmente lo escribió en sus días del Club Santo en Oxford, y lo publicó con ligeras enmiendas 55 años más tarde. Como él mismo dice, "Le añadí muy poco, pero reduje bastante, ya que entonces usaba más palabras que ahora. Pero agradezco a Dios que hasta ahora no he visto razón alguna para modificar mi opinión en ninguno de los puntos aquí incluidos" (*Obras*, 4:187).

Luego, es dable decir que, en contraste con sus actitudes hacia el liderato femenino, hacia la predicación al aire libre y hacia los moravos, que fueron variando con el correr del tiempo, la actitud de Wesley sobre la importancia de la comunión frecuente fue siempre la misma. Lo que

dijo en Oxford en sus mocedades, y lo que repitió en su ancianidad, fue bien claro, al concluir diciendo:

Se ha demostrado, en primer lugar, que si consideramos la Cena del Señor como mandato de Cristo, nadie puede pretender tener piedad cristiana si no la recibe tan frecuentemente (no una vez por mes) como pueda. En segundo lugar, que si consideramos su institución como una misericordia hacia nosotros, nadie que no la reciba tan frecuentemente como pueda puede considerarse cristiano sensato. En tercer lugar, que ninguna de las objeciones que habitualmente se aducen puede constituir una excusa válida para quienes no obedecen este mandamiento ni aceptan esta misericordia cada vez que se presenta la oportunidad. (*Obras*, 4:202)

En la visión de los Wesley, las reuniones de las sociedades metodistas no eran el centro del culto, sino que normalmente eran preparación para participar de la comunión el domingo, cada cual en su iglesia. Por eso por largo tiempo Juan Wesley se negó a permitir que las reuniones metodistas tuvieran lugar los domingos. Y por razones semejantes, aunque normalmente en esas reuniones no se celebraba la comunión, cuando estaba presente un ministro ordenado sí se aprovechaba la ocasión para comulgar.

Pero lo que hemos dicho acerca de la dimensión escatológica de la comunión aparece también en ambos hermanos, Juan y Carlos Wesley. Esto se ve claramente en la colección de *Himnos para la Cena del Señor*, publicado conjuntamente por los dos hermanos en 1745, y que pronto vino a ser uno de los más populares himnarios metodistas. Puesto que tales himnos se empleaban frecuentemente en reuniones metodistas en las que no se celebraba la comunión, esto muestra una vez más que tales reuniones se entendían, en parte al menos, como preparación para participar del sacramento el domingo en la iglesia.

En ese himnario hay toda una sección de himnos que tratan sobre "El sacramento como primicias del cielo". En todos ellos se canta el gozo de saber que al tomar la cena eucarística se participa anticipadamente, se prueba o se saborea, el banquete por venir. Así, por ejemplo, uno de ellos dice que: "Este Cristo a quien aquí recordamos, en las nubes vendrá"; que "La fe asciende a lo alto y goza ya la gloriosa visión, viendo venir al Rey de Gloria"; y que en la comunión "Gozando de su amor celeste, en lo alto nos sentamos con él, recostados sobre el Redentor, en sus brazos en reposo eterno." Y en el mismo himnario aparece repetidamente la imagen de la comunión como un "saborear" o "gustar" del banquete celestial: "Ya ahora el Cordero nos alimenta, y nos hace gustar del gozo celestial".

La obra de Lucas en dos tomos que comienza mostrándole a Teófilo que lo que se va a narrar se inserta dentro de la historia de la humanidad termina mostrándole también que es por razón de esa historia de Jesús y del Espíritu que le queda todavía esperanza a la historia toda de la humanidad. Al principio de la narración, el César, aun sin saberlo, determina que Jesús ha de nacer en Belén de Judá. Al final de la narración, Pablo se apresta a comparecer ante el César, quien no sabe que en el testimonio y la fe de ese prisionero están la esperanza y el futuro no solo de su imperio, sino del universo todo.

Pero lo que César no sabía, sí lo sabían Pablo, y Lucas, y Teófilo, y Wesley, y lo han sabido todos los creyentes que a través de los siglos, como Pablo en un buque a punto de naufragar, le han dado esperanza a un mundo en el que la humanidad anda flotando al garete en un presente sin anclas ni amarras, sin raíces ni esperanzas. Por extraño que pueda parecerle al mundo, para Lucas, para Wesley, y para todos quienes hoy compartimos la fe de ellos, el culto a Dios ha de ser señal de esperanza para un mundo sin Dios, y por tanto sin esperanza.

¡Así sea!

